



Luis Landero: La fascinación por el lenguaje

Senén Crespo de las Heras
M^a Cruz del Amo del Amo

La enseñanza es una mezcla maravillosa de incertidumbre y de seguridad.

Luis Landero nació en Albuquerque, Badajoz, un veinticinco de marzo de 1948, en el seno de una familia campesina extremeña, que emigró a Madrid a finales de la década de los cincuenta. A los quince años escribía poemas al mismo tiempo que trabajaba como mecánico en un taller de coches y como chico de recados en una tienda de ultramarinos. Inició y terminó sus estudios de Filología Hispánica en la Universidad Complutense. Una vez licenciado dio clases de literatura en un Instituto de Madrid. Actualmente imparte docencia en la Escuela de Arte Dramático de esta misma ciudad. En 1995 es contratado como profesor en la Universidad de Yale para impartir un curso de literatura española. Está casado y tiene dos hijos.

Landero es uno de los grandes narradores de la literatura española contemporánea. Entre su narrativa habría que señalar las siguientes novelas: *Juegos de la edad tardía*, *Caballeros de fortuna*, *El mágico aprendiz*, *El guitarrista*, *Hoy*, *Júpiter*. Por último, *Entre líneas: el cuento o la vida* es un bellissimo libro de reflexiones bajo la forma de un conjunto de ensayos “contados” o de cuentos ensayísticos, unidos por un personaje entrañable, de tintes lejanamente autobiográficos.

La obra de Landero tiene la seriedad e inocencia de la gran literatura y responde a un tipo de escritor de profunda vocación.

La obra de Landero tiene la seriedad e inocencia de la gran literatura y responde a un tipo de escritor de profunda vocación. En sus novelas nos encontramos un mundo prosaico, con individuos que tienen tanto de hombres ridículos como de seres queridos y entrañables, que sueñan con el amor y la gloria.

Landero escribe con un estilo lleno de precisión y, al mismo tiempo, de hallazgos verbales. La inspiración cervantina en su obra se ve acompañada, como se puso de manifiesto sobre todo con su segunda novela, por la influencia del mejor realismo mágico latinoamericano.

Su obra, tal vez breve en extensión pero extremadamente planificada y de esmerada elaboración, ha confirmado el talento ampliamente reconocido de un escritor de profunda vocación y personalísimo estilo, fascinado por la precisión y el lenguaje.

En esta entrevista, el autor nos da su opinión sobre una serie de aspectos que se refieren a su actividad creativa, a la de docente y de lector y a temas relacionados con la lectura de jóvenes y adolescentes y la responsabilidad que pesa sobre la sociedad con el objetivo de que nuestros jóvenes amplíen su competencia lingüística, tanto en su vertiente oral como escrita y de este modo logren una comunicación más fluida con sus conciudadanos y se sientan más seguros para desempeñar el protagonismo que les exige el ejercicio de la ciudadanía activa.

¿Qué recuerdos quedan de aquel adolescente que se vio obligado a emigrar de un medio rural para establecerse en la gran ciudad? ¿Qué papel juegan esos recuerdos en su obra?

Mi padre estaría orgulloso de mí y de él, porque al fin y al cabo yo era su gran obra, el proyecto de todo aquello que él no pudo ser.

Mi infancia fue rural, y mi adolescencia fue urbana. Hoy, esos conceptos (rural, urbano) apenas resultan significativos, pero en la España de entonces eran mundos distintos, mentalidades separadas históricamente por un abismo de tiempo. Hoy, la modernidad y el progreso están o pueden estar en todas partes, pero entonces estaban únicamente en las grandes ciudades. Venir de mi pueblo a Madrid era hacer un viaje en el tiempo, algo así como pasar del siglo XIX al siglo XX. Y de ahí manan en gran parte mis temas literarios: una infancia legendaria, campesina, intemporal, y una adolescencia urbana y moderna (moderna a la manera de entonces, claro está). Pero este es un planteamiento muy general, estéril de puro abstracto. Mi mundo literario surge en ese marco histórico, pero hunde sus raíces en asuntos más concretos, en experiencias personales, intransferibles... Pero, en fin, esa es ya otra historia.

¿Qué pensaría su padre de su éxito como escritor?

No daría crédito. Él aspiraba a que yo fuese un obrero cualificado. Es decir, no un jornalero, un destripaterrones, un semiesclavo del señoritismo rural. Por eso emigró. No por él, que poseía algo de tierras y tenía asegurado un mediano pasar, sino por los hijos. Que yo tuviese una carrera, habría colmado sus aspiraciones, sus sueños. Pero él admiraba muchísimo el mundo de la cultura y del arte, mundo casi sagrado para él. Que su hijo hubiera escrito libros de una cierta notoriedad... Creo que estaría orgulloso de mí. Y de él, porque al fin y al cabo yo era su gran obra, el proyecto de todo aquello que él no pudo ser.

¿Qué recuerdos guarda de sus años de estudiante de bachillerato y de sus profesores?

Estuve en un colegio de curas y luego anduve errante por el maravilloso y sombrío mundo de las academias nocturnas que había entonces en Madrid. Recuerdo con

mucho cariño a don Pedro Márquez, el maestro que me enseñó a leer y a escribir, allá en el pueblo. Y a otro, Gregorio Manuel Guerrero, profesor de literatura en Preu (en una academia nocturna), que me ayudó mucho a educar mi sensibilidad estética y reorientó mis gustos literarios. ¡Qué importantes son a menudo algunos profesores en el destino de los alumnos! Por lo demás, fui mal estudiante, sobre todo porque mi padre, aconsejado por los curas, me metió en Ciencias, por aquello de ser ingeniero, médico o cosa así. Saqué el bachillerato de Ciencias a trancas y barrancas, y sólo me enderecé en Preu, cuando me cambié a Letras. En la universidad aprendí poco, pero aprendí lo fundamental: el autodidactismo.

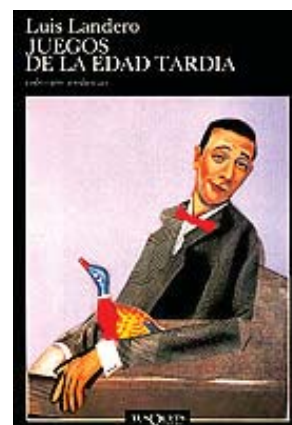
¿Nos podría decir en qué faceta de su actividad se siente más cómodo, con la de escritor, lector o profesor?

Escritor y lector. Pero creo que soy buen profesor. Desordenado, casi caótico, pero buen profesor, capaz de contagiar la pasión por la lectura y el lenguaje y el placer de pensar y observar... Mis armas son el entusiasmo y la sinceridad. Quiero decir que mi entusiasmo es sincero, porque nada me apasiona tanto en el mundo como un buen libro. Luego, eso hay que saber transmitirlo, claro. Pero yo en realidad no soy profesor: son el lector y el escritor los que dan las clases, los que cuentan sus experiencias.

¿Qué procedimientos utiliza con sus alumnos para que se sientan atraídos por la lectura y la vean como puerta abierta a nuevos mundos y como elemento de disfrute y desarrollo personal?

El profesor es un anfitrión, que hace las presentaciones: Aquí Shakespeare, aquí un lector.

Leer con ellos. Leer juntos. La literatura no la enseña el profesor. La enseñan Cervantes, Stevenson o Molière. El profesor es un anfitrión, que hace las presentaciones: Aquí Shakespeare, aquí un lector. El profesor tiene que elegir entre ser transparente u opaco. Yo intento ser transparente, para que a través de mí el alumno vea y conozca mejor a cada autor. Leer juntos quiere decir leer bien, entonando bien las frases, extrayendo matices con la voz, conociendo así la maravillosa música de nuestra lengua, indagar en las palabras, en su mundillo de significados y sugerencias, transmitir conocimientos y emociones... Todo eso significa sabiduría y placer.



¿Cree usted que es una trampa o una mentira ocultar a los niños y jóvenes el esfuerzo que supone la adquisición de hábitos de lectura y la consecución de un cierto grado de cultura?

Es una estafa. Nada se da de balde. Tocar el violín cuesta, aprender un idioma cuesta, aficionarse a Bach o a Proust cuesta... Los mejores placeres (empezando por uno de los más antiguos de todos: la contemplación) exigen un aprendizaje y, por tanto, una disciplina y un esfuerzo. Pero el esfuerzo no excluye la amenidad

ni el gozo. Del mismo modo, la disciplina, bien entendida, y puesta al servicio de unos logros, es algo que el alumno en general agradece. Hay un modo de dulzura intelectual, de tarea grata, de recompensa instantánea, en el trabajo bien hecho y orientado hacia un buen fin.

¿Nos podría manifestar su opinión sobre la obligación de dedicar una hora diaria a la lectura en los centros, tal y como establece la LOE?

A leer y a escribir se aprende leyendo y escribiendo, no estudiando gramática en plan casi erudito.

Así aprendí yo, y mi generación, y la generación de mi padre, y supongo que otras... Y aprendimos bien. Entre mis amigos de la infancia, creo que ninguno acabó siquiera el bachiller, y mi padre fue a la escuela lo justo: leer, escribir y las cuatro reglas. Pues bien, mis amigos hablan y escriben bien, con precisión y propiedad, y en cuanto a mi padre, conservo sus cartas de cuando estuvo en la guerra, y me maravilla la sabia sencillez con que escribía. Y todo eso lo aprendimos en la escuela de un pueblo. Una hora o más de lectura cada día, y otra de escritura. Y no se pasaba a otra frase hasta que la anterior había quedado bien leída y bien entendida. Porque a leer y a escribir se aprende leyendo y escribiendo, no estudiando gramática en plan casi erudito. Un poco de morfología y un poco de sintaxis: poco pero bien aprendido. Lo demás, mucha práctica, mucho leer y mucho escribir. Con la ventaja de que, siendo la literatura el patio de vecindad de las humanidades, leyendo se aprende mucho por añadidura.

Su experiencia como docente ¿qué criterios le dictaría para la selección de las lecturas de sus alumnos?

En clase, con el profesor, leyendo juntos, casi cualquier lectura puede ser válida. Para leer en casa, libros amenos, o capítulos o actos de obras más difíciles. O bien lecturas a la carta. De primero, un libro de poemas a elegir entre 10 ó 12. De segundo, una novela o una obra de teatro, a elegir entre 3 ó 4. De postre, lo que cada cual quiera.

En una sociedad dominada por la imagen ¿cómo habría que razonar a nuestros alumnos para que se acerquen a la lectura y a la escritura?



¿Razonar? No sé, en esto no tengo una opinión clara. A veces soy pesimista y a veces no tanto. La imagen y la escritura pueden y deben convivir, y cada cual tiene su propio espacio. Es cierto que a la escritura le resulta cada vez más difícil competir con la imagen, pero tiene grandes armas de seducción... ¡Vaya!, me parece que estoy contando un cuento de hadas, donde Caperucita le planta cara al lobo. No sé. A veces pienso que la literatura tiene los días contados. Y a veces creo (y tengo una larga experiencia docente) que muchos jóvenes están ansiosos de otra cosa que no sea youtube, google y demás. Algún día, aparecerá entre la gente la nostalgia de los libros. Creo que ya está apareciendo.

¿Cuál es el proceso creativo de Luis Landero? ¿Cuánto de “artesano” hay en el mismo?

Me siento incapaz de explicarlo en pocas palabras. Uno tiene algo que contar (es lo que en las viejas escuelas de Retórica se llamaba “inventio”), luego idea un orden para explayar esos materiales (“compositio”), y finalmente escribe (“elocutio”). Cada cual baraja esto como Dios le da a entender. Yo disfruto mucho con la “inventio”, me resulta un juego de niños la “compositio”, y me la juego de verdad en la “elocutio”, que es el río adonde van a dar los otros dos afluentes.

¿Cree usted que la comunidad educativa da a la biblioteca del centro el protagonismo que se merece?

En las aulas se entreatren puertas hacia mundos que uno tiene que recorrer solo, con la ayuda de los libros, de los profesores y de la propia vida.

Hoy (y no como en mis tiempos jóvenes) hay para los estudiantes y curiosos en general bibliotecas estupendas en los institutos y en los barrios. Quien quiera leer, puede hacerlo. Ahora bien, habría que situar la biblioteca (y el laboratorio...) en el centro casi de la enseñanza. Allí el alumno busca, lee, investiga, se equivoca, rectifica... La enseñanza es una mezcla maravillosa de incertidumbre y de seguridad. El autodidactismo es fundamental en el aprendizaje. En las aulas se entreatren puertas hacia mundos que uno tiene que recorrer solo, con la ayuda, eso sí, de los libros, de los profesores y de la propia vida ■